

¡Adiós, Papá Montero!

Julio 9/6-7

m

Por
Carlos Robreño

Viejos cronistas deportivos que tuvieron el privilegio de admirarlo en sus días de esplendor y jóvenes comentaristas que sólo conocieron de sus hazañas a través de esa frialdad numérica de los records y averages que no siempre expresan la honda emotividad de la hazaña realizada, han escrito en estos días cientos de cuartillas relatando sus proezas, como un homenaje póstumo ante la desaparición eterna de quien ha sido, a través de todos los tiempos, la figura cimera del base ball cubano: Adolfo Luque.

Y otros cientos de cuartillas podrían escribirse a fin de reverdecer aquellos laureles conquistados durante medio siglo de actuación en el diamante en sus distintas fases desde las primeras actuaciones como atleta amateur, luciendo las azules franelas del "Vedado Tennis Club", en el primer decenio de esta centuria hasta la de manager de varios equipos, después de haber alcanzado los más altos honores entre los lanzadores de ambas ligas grandes y en una ocasión merecer el honroso calificativo de "Héroe de la Serie Mundial".

Repetir una vez más, el número de victorias que alcanzó en la temporada de 1923 y el promedio maravilloso de carreras limpias de que pudo blasonar dos temporadas más tarde; recordar que en cierta ocasión le ganó un doble juego a un potente equipo de la Liga Nacional y referir como al final de su carre-



2

31

en un desafío crítico de un clásico otoñal el veterano lanzador logró dominar con tres rápidos "strikes" al hercúleo mocetón que junto al home plate, con el bate empuñado fuertemente amenazaba en convertir en descabro una victoria decisiva, sería insistir en lo que el fanatismo sobradamente sabe y no olvidará jamás, porque en esos records cifra su patriótico orgullo de que durante la época preponderante del gran pasatiempo yankee, hubo un cubano que se burlaba a fuerza de habilidad, fortaleza y coraje de los más fuertes adversarios oriundos de aquel gran país.

¡Era el "Papá Montero" al cual los recios bateadores norteamericanos tenían que llorarle!

Tal fué su nombre de guerra entre nuestro fanatismo: Papá Montero.

★ ★ ★

Por eso, al final de cada una de aquellas triunfales temporadas, al regresar a Cuba, a su amada Habana, a la que no olvidaba ni en esos instantes gloriosos que vivía en el extranjero, sus compañeros de "Los Anaranjados" lo esperaban en el muelle acompañados de una charanga con objeto de que al desembarcar el gran atleta, se hiciesen oír, como victorioso himno de guerra las notas sandungueras, tan en boga entonces de "A llorar a Papá Montero!

¿Y qué eran "Los Anaranjados"?— preguntará seguramente algún fanático joven y le diremos que "Los Anaranjados", más que un divertido club de hombres solos, pero que admitía la concurrencia femenina en determinados acontecimientos, era la obsesión de Luque, cuando se actuaba en tierras norteamericanas y en cada desafío en que participaba lo torturaba siempre una preocupación: ¡Qué fiesta habrá en "Los Anaranjados" si gana! ¡Cómo se entristecerán "Los Anaranjados" si sufre una derrota! Y en los meses de invierno, mientras duraba su presencia en Cuba, compartía el tiempo entre sus tareas sobre el legendario diamante de "Almendares Park" y las jubilosas tertulias de ese club que radicaba en una casa situada al final de la calle de Animas. Y el Luque hosco, corajudo, que discutía y hasta se fajaba con "Sirique", que todos observaban sobre el campo almendarino, se transformaba en un criollo cordial, amigo de la "bachata", que sentía que los pies le resbalaban sobre el piso al oír las melodías cimbreantes del popular:

¡A llorar a Papá Montero!

★ ★ ★



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Sin embargo, aquel hombre que se presentaba ante el público para actuar libre de complejos como player beisbolero y que en privado se mostraba con singular alegría, una vez, al presentarse sobre un escenario teatral, se sintió tan cohibido que apenas pudo articular un vocablo.

Fué cuando a raíz de su maravillosa temporada de 1923, regresó a la Habana siendo el "hombre del día" y el ya fallecido actor Pepe del Campo y el popular "negrito" de Alhambra, Sergio Acebal concibieron la idea de ofrecerle un homenaje teatral que habría de llevarse a efecto en el histórico "Martí".

Como fin de la velada representarían un apropósito titulado "Las Curvas de Luque", que interpretarían no solamente los conocidos artistas sino también el homenajeado. El paso de sainete fué ensayado esmeradamente, pero llegado el momento de la función, Luque, vestido de dril blanco salió a escena y súbitamente enmudeció sin poder pronunciar ninguno de los "bocadillos" que el autor del entremés, nuestro viejo compañero Agustín Rodríguez le había asignado.

Y el hombre a quien tan difícil era sacar del box, tuvo que hacer mutis de la escena rápidamente.

★ ★ ★

Hace pocos días, cuando cumpliendo un triple deber de amigo, de fanático y de cubano, acompañábamos hasta el lugar de su eterno descanso los mortales despojos de quien fuera el más grande atleta de nuestro baseball, venían a nuestra mente no sólo sus hazañas deportivas, sino estas y otras muchas anécdotas de otros aspectos de su vida. Y recordamos también aquellas alegres fiestas de "Los Anaranjados" y experimentábamos la sensación de que aquellas sandungueras notas de la rumba de moda que como triunfal himno de guerra entonaban en aquel entonces sus amigos y admiradores volvían a oírse como triste despedida, en ritmo doliente de marcha fúnebre:

¡A llorar a Papá Montero!



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA